



CAPÍTULO IV.

El cuarto misterio gozoso: La Purificación de Nuestra Señora y la Presentación de su santísimo Hijo en el Templo.

I.

LA antigua Ley mandaba que todo varon que saliese del vientre de mujer fuese consagrado á Dios en el templo, y que la madre se purgase tambien allí de la impureza que habia contraído. ¡Triste condicion la del linaje humano decaído, que no puede multiplicarse y propagarse con aquella limpieza y dignidad que requiere una naturaleza racional! Es cierto que la concepcion del Hijo de Dios en el seno purísimo de María estuvo exenta de toda especie de miseria, que María fué tan pura vir-

gen antes del parto, como en el parto y despues del parto, y que su santísimo Hijo no nació separado y enemistado con Dios, sino siendo con Él un mismo Sér substancial; pero en todo el negocio de la Encarnacion Jesús y María, á excepcion de la miseria del pecado, se revisten de todas nuestras miserias, ó como con gran propiedad dicen los teólogos, tomaron toda la pena, mas no la culpa de la pervertida descendencia de Adan.

Pasados, pues, los cuarenta días marcados por la Ley, María toma á su Niño y la ofrenda que con Él y por Él debia presentar en el templo. Las mujeres ricas debian ofrecer un cordero y las pobres un par de tórtolas ó dos palominos. María, que se sujetó á ser considerada inmunda, segun la Ley, á la manera de las otras mujeres que parian, quiso tambien la humillacion de la pobreza, y presentóse al templo en clase de mujer pobre. Mas Ella dijo contestando á santa Isabel, que los que se humillan son ensalzados; y nunca madre alguna ha recibido tan valiosos homenajes por su maternidad como María, la pobre esposa del artesano José, los recibió al presentar á su Hijo en el templo. Habia un anciano en Jerusalem de todos respetado y ben-

decido; el Espíritu de Dios le era familiar, y le manifestaba los secretos del porvenir y los misterios del presente; alimentábase con la esperanza de que antes de morir vería al Salvador del mundo, al Esperado de todas las naciones, y hé aquí que impelido por el Espíritu divino, acude al templo en ocasión en que María iba á ofrecer á Dios á su Hijo, y á practicar la ceremonia de la Purificación. Con transportes de celestial alegría al ver al Niño, descubre en Él al Salvador de todas las gentes, al que fué anunciado á los patriarcas, al que vieron los profetas, al que era la esperanza, el fundamento, la razón de ser del pueblo de Israel, su príncipe único y esclarecido que debía fundar un imperio que se dilataría por toda la tierra, y que duraría más que el mundo. Toma en brazos el trémulo viejo al delicado Infante, y dale la bienvenida, y en altas voces le predica por luz que ha de despertar á todas las gentes del grosero sueño que dormían, trayéndolas al conocimiento de la verdad; y gloria que jamás se apagará del amado pueblo de Israel.

Sabían José y María todo el misterio de Jesús; ellos, los más íntimos cooperadores de la misión divina, fueron los primeros que

en la tierra conocieron la dignidad soberana del Infante, que el cielo había sometido á sus tiernos cuidados; mas, no obstante, quédanse pasmados al oír á Simeon, evangelista del porvenir, explicar con tan claras palabras la misión que Jesús traía al mundo, y la manera cómo la daría cumplimiento. Sí; al lado de la luz de la gloria hay en la profecía de Simeon la sombra del dolor. Bendice ó saluda el venerable viejo á los Padres del Niño, y les dice que Este va á ser motivo de salvación para unos y de perdición para otros; que viene á dividir la luz de las tinieblas, y por tanto así como salvará á los que sigan la luz, de la misma manera condenará á los que huyen de ella; y dirigiéndose á María, añade: «Por causa de Él una dolorosa espada atravesará tu corazón.»

Hé aquí ya, á raíz de uno de sus mayores gozos, amenazado el martirio de la Reina de los mártires. Su corazón de madre recibió profunda estocada con las maravillosas palabras del viejo inspirado; la pasión de Cristo se desenvolvió, como en un sangriento cuadro, ante el espíritu de María santísima, y comprendió y sintió en sí misma como la grandeza cristiana, la gloria de nueva espe-

cie que viene á enseñar al mundo el divino Hijo de sus entrañas, tiene un fundamento que nunca los hombres habian adivinado: la grandeza y la felicidad cristiana se fundarán en el sacrificio y en la mortificacion.

II.

Aprende en este misterio, cristiano, cuánto te conviene observar la Ley de Dios. Por no observarla se perdieron Adán y Eva, y con ellos toda su descendencia. La Ley y la voluntad de Dios son una misma cosa, y quien la observa es imposible que no alcance su eterna salvacion, ya que al cumplir la voluntad de Dios hácese amar de Él. No hay ningun sér que no ame lo que es segun su voluntad.

Nadie mejor que Jesús y María cumplió la Ley ó voluntad de Dios. Era la voluntad del Señor su alimento y su alegría, y por lo mismo la Ley de Dios fué por Ellos observada hasta en sus ultimos ápices, á pesar de no estar obligados á su cumplimiento. El mundo tiene la manía de los privilegios y exenciones, y cuando puede lograr el ser dispen-

sado de la ley, si alcanza sobre los demás la superioridad de no venir obligado á lo que ellos están obligados, tiénelo por la suma de la distincion y de la felicidad. El parecer más que los otros es una aspiracion general entre los hijos de Adán, que tenemos la suma miseria de apreciar más el parecer que el ser. Amamos el pecado, y queremos parecer justos; somos avaros, y á los ojos de los hombres queremos aparecer liberales; somos egoístas, y procuramos con nuestras hipocresías que nos tengan por revestidos del espíritu de caridad. Hé aquí la grande leccion que en este misterio se enseña. Jesús y María no venian obligados á la Ley que mandaba la presentacion de los recién nacidos en el templo, y la Purificacion en el mismo de las mujeres; ambos estaban exentos de esta observancia, y podian con justicia y sin faltar á la humildad hacer alarde á los ojos del mundo de una virtud y excelencia superior á la de los demás hombres. Ni Jesús ni María eran pecadores, como lo somos todos los otros hijos de Adán, y no tenian por lo mismo necesidad de purificaciones legales, ni de expiaciones, ni de ofrendas; y sin embargo, contempla, alma mía, á la Señora y

al Niño pasando voluntariamente plaza de pecadores, enseñándote de esta manera cómo debes quebrantar la dura cabeza de la soberbia, con la voluntaria humillacion pública.

III.

Aprende tambien en este paso, contemplando al anciano Simeon, cuán necesario es en las cosas de Dios el tener larga esperanza. Simeon esperó muchos años, hasta la vejez, que habia de ver al Salvador del mundo antes que muriese; y en el ocaso de la vida gózase en el cumplimiento de tan santa esperanza. A Dios le gusta probar á sus escogidos, y hacer que merezcan en cierto modo las gracias de que quiere colmarles. Por desgracia los hombres tienen paciencia para esperar en los negocios de la tierra, y no la tienen en los negocios del cielo. Consumen muchos años en esperanzas cortesananas, están hechos á prueba de desprecios y humillaciones para alcanzar distinciones terrenas y medros materiales; pero para obtener los bienes espirituales y las dignidades de la virtud háceseles insoportable la menor contra-

diccion y el más leve obstáculo, y la perseverancia en tan santas pretensiones es rarísima entre los hijos de Adán.

La razon natural nos enseña que una cosa en cuanto es más excelente, en tanto es más difícil. La virtud cristiana, la gracia de Cristo, es lo más rico y sublime que ha criado la diestra del Altísimo, y por lo tanto su consecucion ha de ser difícil mayormente al hombre, criatura decaída y relajada. Pero aunque el camino para llegar á poseer á Cristo sea difícil, debe animarte la grandeza y la felicidad de su posesion. Mira el viejo Simeon por cuán bien empleados dió los largos años de esperanza y de perseverancia, cuando pudo estrechar entre sus brazos al Hijo unigénito del Altísimo, revestido de carne humana. Fué tan feliz, quedó tan lleno de satisfaccion desde aquel momento, que considerando que habia cumplido el fin de su carrera, pidió la muerte. Así tú, alma mia, cuando llegues á poseer á Cristo, no sólo el mundo te será indiferente, sino pesado; y considerarás la muerte como la dorada puerta que oculta un paraíso de glorias y deleites.

